

IV

La supuesta rivalidad angloalemana.

Llega á mis manos un ejemplar de *El Universo* del 2 de Diciembre, con un artículo titulado "¿Será el principio del fin?", cuyos comentarios á otro artículo mío necesitan á su vez ser comentados y rectificados. Permitame, ante todo, el diario católico que le felicite por aquello de "que esta guerra es, en el fondo, económica ó predominantemente económica", que indica su conversión al marxismo ó interpretación económica de la historia y su renuncia á la vieja teoría del brazo de Dios. Por lo visto, ni *El Universo* cree que el emperador alemán sea, como él pretende, el vicerregente de Dios en la tierra, y hasta es posible que en sus requiebros al Profeta, aliado suyo ahora, no vea el periódico católico más que un móvil económico de Guillermo II ó de sus consejeros. Y si no lo ha visto, pronto le abriremos los ojos y redondearemos su interpretación económica de esta guerra.

En efecto, fundamentalmente, es una guerra económica, preparada y provocada por el imperialismo, que no es sino conquista de mercados á punta de bayoneta. Pero *El Universo*, tan marxista y sagaz en su concepción general de la guerra, se equivoca lamentablemente en sus juicios particulares. Terriblemente lógico, como era la escolástica, sus consecuencias serían irrefutables si no partiesen de supuestos falsos. No, no es ese el principio del fin. Si yo dije que los ingleses no conquistarían los mercados alemanes con la facilidad calculada, á menos que se decidan á aprender idiomas extranjeros, á dilatar el sistema de su crédito y á ajustarse un poco más al gusto del comprador, no significa eso que el fin de la guerra esté en vista. Cierto es que estas dificultades no se vencen en un día. Pero no son ellas las únicas que han entibiado el ardor de las conquistas de los mercados. Ya hay en Londres una Exposición de muestras alemanas y austriacas, para que los productores ingleses las estudien y reemplacen. No hay duda: son muchos los fabricantes que las trabajan á estas fechas y no deben de ser pocas las industrias nuevas que se han montado en el Reino Unido desde que estalló la guerra. De todos los productos, los que más interesan á los ingleses son los químicos, especialmente los tintes, indispensables para sus paños. La industria textil de Inglaterra dependía, en gran parte, de los tintes alemanes. Fuera de estos productos, pocos serán los que los ingleses intenten arrebatar á los alemanes. He aquí la raíz del desencanto: no sólo las dificultades técnicas y puramente comerciales, que siempre pueden vencerse, sino

algo insuperable: los precios. Sencillamente, los ingleses no pueden fabricar por los precios alemanes.

¿Por qué? Hay dos razones visibles. Una es la mano de obra, más cara en Inglaterra que en Alemania. Los obreros ingleses ganan jornales más altos y trabajan durante jornadas más cortas que los alemanes. Por fuerza, el producto ha de ser más caro. Otra es la calidad. En Inglaterra hay una tradición de calidad elevada. El producto plebeyo, mal hecho, de escasa resistencia, no cabe en la psicología del productor inglés. Hay en ello algo del rasgo fundamental del carácter británico: la lealtad, el no poder dar gato por liebre, junto con el espíritu de firmeza, incapaz de hacer nada que sea inadecuadamente efímero. Pero una calidad buena exige mejores operarios y mejores máquinas, esto es, mayor costo de producción. Por esto los ingleses no podrán competir nunca con los alemanes en muchos productos, aparte de su insularismo comercial.

Afortunadamente para ellos, no necesitan forzar la competencia y descender al plano de los alemanes. Después de la guerra, los alemanes podrán seguir abasteciendo á las clases más pobres de Europa y América con productos más baratos, pero también muy inferiores, ó sea, á la larga, más caros que los de los ingleses, y éstos seguirán suministrando los suyos á las clases más adineradas, que pagan más de momento, pero que ahorran por la mayor duración. El comercio inglés y el alemán tienen dos esferas económicas distintas. Del mismo modo que el inglés no puede invadir la del alemán,

tampoco el alemán está preparado para expulsar al inglés de la suya. Crea *El Universo*: su afirmación "de seguir así las cosas, Inglaterra parece sin remedio, más ó menos tarde", refiriéndose á la competencia alemana, no puede tomarse en serio. ¿Es que la producción disminuía? Séame lícito transcribir unos números. He aquí, en libras esterlinas, el comercio británico, representado por la suma de su importación y exportación en diferentes épocas:

AÑOS	Imp. y Exp.
1700.....	10.700.000
1750.....	17.400.000
1800.....	68.620.000
1850.....	177.750.000
1875.....	655.551.900
1900.....	877.448.917
1910.....	1.212.402.841
1914.....	1.403.555.065

¿Señalan estas cifras la ruta de un desastre económico? Compáreselas con las de Alemania. La suma de la importación y exportación fué, en libras esterlinas, de 875.700.000 en 1911; 965.900.000, en 1912, y 1.021.400.000 en 1913. No se olvide, además, que Alemania tiene unos 25 millones más de población que Inglaterra. Como se ve, el desarrollo económico de Alemania no ha sido á expensas de Inglaterra. La población del mundo ha crecido. é Inglaterra no podía ser su única abastecedora industrial, como casi lo era á fines del siglo XVIII. No sólo Alemania, también los Estados Unidos, el Japón, Italia, la misma Rusia, lós países escandinavos, Holanda, Bélgica, muchos otros, han entrado en la liza á competir con Inglaterra, cuyo comercio, á pesar de ello, sigue siendo el más grande del

mundo. Al contrario, la prosperidad de Alemania ha contribuído de rechazo á la prosperidad de Inglaterra. Probablemente, la cooperación ó división del trabajo entre los dos grandes pueblos era mayor que la competencia. Inglaterra tenía que importar de Alemania artículos que ella no fabricaba, por valor de 80 millones de esterlinas en 1913, y Alemania importó de Inglaterra, el mismo año, unos 60 millones de esterlinas. Ambas naciones eran recíprocamente sus mejores clientes. Acaso ningún otro país haya sufrido tanto como Inglaterra con la paralización de la industria alemana. Fundamentalmente, la guerra del comercio no ha sido ni es más que eso: un intento de fabricar en Inglaterra los productos que se traían de Alemania. Quizá la finalidad de este ensayo sea más transitoria que permanente. La suspensión de las importaciones alemanas ha sido un grave peligro para muchos industrias inglesas, especialmente las textiles. Ahora bien: una paralización industrial repercute desfavorablemente sobre el país donde ocurre, por estas dos razones: por una parte, reduce los beneficios de la clase capitalista, que en este caso puede convertirse en un elemento de oposición á la guerra, si los gastos suben mucho; por otra, reduce los jornales de muchos obreros ó los deja sin trabajo, otro elemento de oposición á la continuación de la guerra. Estos dos peligros son los que ha querido evitar principalmente el Gobierno inglés con la llamada guerra de los mercados.

En suma: esta guerra de los mercados es consecuencia de la guerra militar, y los ingleses han recurrido á ella para desquitarse de las desventajas

de la paralización industrial de Alemania, que para Inglaterra encarnaba estos dos peligros, desde el punto de vista de la continuación de la guerra: el peligro de una clase capitalista condenada á pagar los gastos militares con su capital fijo, en vez de hacerlo con los intereses ó las utilidades, y el peligro de una clase obrera desocupada y obligada, por lo tanto, á soportar la guerra con los bolsillos y el estómago vacíos. ¿No se le había ocurrido pensar á *El Universo* que la guerra comercial podía haber sido una resultante y no la causa de la otra guerra, la sangrienta?

La guerra es económica, la guerra es imperialista; pero pierde el tiempo *El Universo* buscando sus causas de esta parte del mar del Norte. A Inglaterra no le convenía la guerra económicamente; con el comercio mayor del mundo, creciendo más cada vez en proporciones inmensas; con colonias para extraer sus materias primas y con colonias para vender ventajosamente sus productos elaborados (la India, por ejemplo), sólo le convenía el *statu quo*. De ahí sus esfuerzos desesperados para mantener la paz, y no sólo á última hora, sino durante todos estos años. Esto lo sabe todo el que tenga un conocimiento, por rudimentario que sea, de la política internacional de estos diez ó quince años. Inglaterra llevó á las dos Conferencias de La Haya el problema de la reducción de armamentos, y Alemania lo rechazó en redondo; poco antes de la segunda llegó hasta amenazar con no enviar representantes si se discutía la reducción de armamentos. Inglaterra quiso entenderse directamente con Alemania acerca de este problema, en 1908, cuando la visita del

rey Eduardo; en 1909, 1910 y 1911; en 1912, cuando lord Haldane fué á Berlín; en 1912 y 1913, cuando Churchill propuso el *naval holiday*, ó asueto naval, que consistía en suprimir los aumentos de la escuadra por un año. Alemania, hostil siempre á estas proposiciones de avenencia, ha sido durante años el elemento perturbador de Europa. En 1905 intervino agresivamente en la cuestión de Marruecos; en 1908 apoyó agresivamente la brutal acometida de Austria contra Bosnia y Herzegovina; en 1911 mandó un cañonero á Agadir, interrumpiendo las negociaciones con Inglaterra; en 1914 dió carta blanca á Austria para atacar á Serbia.

Inglaterra, en prueba de que no tenía ningún propósito agresivo, propuso á Alemania la siguiente fórmula recíproca: "Estando naturalmente deseosas las dos potencias de afianzar la paz y la amistad entre ambas, Inglaterra declara que no hará ni participará en ningún ataque contra Alemania no provocado por ésta. Una agresión á Alemania no es el tema ni forma parte de ningún Tratado, inteligencia ó combinación de que Inglaterra es ahora una de las partes, ni será parte de nada que tenga tal objeto." Alemania no quiso comprometerse á otro tanto respecto de Inglaterra. Quería que ésta, además de prometer no atacarla sin provocación, sola ó en compañía, prometiese también no intervenir en el caso de que Alemania atacase á alguna otra potencia. Alemania quería á todo trance la neutralidad de Inglaterra; esa fué su política momentos y años antes de la guerra. ¿Para qué quería la neutralidad de Inglaterra? Para agredir impunemente á Bélgica y despojarla de sus colonias y acaso anexionarla;

para hacer otro tanto con Francia; para agredir á Rusia y sacudir su influencia en los Balkanes. Realizada esta bonita labor, sería el momento de volverse á Inglaterra y despojarla también de sus colonias, especialmente las musulmanas. Instrumento de esto iba á ser la alianza con Turquía. Esa guerra santa, instigada por el Kaiser, con la colaboración de Mahoma y Lutero, ha sido simplemente un cebo para el Egipto y la India.

En suma: Alemania quería colonias en África y Asia, más territorios y puertos en Europa, mayor influencia en los Balkanes. Todo esto lo tenía al alcance de la mano, sin la intervención de Inglaterra. El principio del fin será cuando Alemania reconozca su fracaso y acepte por fuerza la reducción de armamentos que tantas veces le propuso Inglaterra amistosa y pacíficamente.

V

Lloyd George ó el napoleonismo económico.

Lloyd George, poniéndose á tono con los tiempos, desplegando hasta el máximo su genio de Napoleón de la Hacienda pública, presentó, en Noviembre de 1914, al Parlamento un presupuesto de guerra formidable, estupendo, equivalente en osadía y magnitud á los ejércitos colosales que se despedazan en los campos de batalla. Fué un gran presupuesto, digno de una gran guerra. No haya cuidado que el Reichstag alemán responda con otro semejante. No porque no puedan agenciarse un generalísimo económico del tipo de Lloyd George, sino porque á Alemania le faltan las fuerzas económicas que superabundan en Inglaterra. En potencia económica, como en potencia naval, los ingleses siguen siendo supremos.

El vampiro de la guerra necesita oro, mucho oro, además de sangre. Asquith calculó que á Inglaterra

le cuesta aproximadamente un millón de libras esterlinas por día. Pero cada día que pasa le cuesta más. Para Julio de 1915 los gastos de guerra habrán ascendido á 328.443 000 esterlinas. Por otra parte, calculaba Lloyd George que la guerra reduciría en 11.350.000 el presupuesto de ingresos, que se había estimado en 207 146.000 esterlinas, y descendería, por lo tanto, á 195.796.000 esterlinas. El presupuesto de gastos se había calculado en esterlinas 206.924.000. Reuniendo estas cifras, se tiene:

	Libras.
Gastos originales.....	206.924.000
Gastos de guerra.....	328.443.000
Gastos totales.....	535.367.000
Ingresos.....	195.796.000
Restando: déficit.....	339.571.000

Respetable déficit éste de 339,5 millones de esterlinas, que son (á la par), 8.487,5 millones de pesetas. Había dos medios de cubrir esta inmensa suma: Uno es el que hubiera adoptado un hacendista tímido, de esos que no tienen escrúpulos en dejar una deuda como una catedral á las generaciones futuras, con tal de salir ellos cómodamente del paso. Un hacendista tímido hubiera pedido un empréstito, cargando su pago á los hijos venideros de la patria. Había un segundo medio: pedir un empréstito; pero hacérselo pagar á las generaciones actuales.

Esto es lo que hizo Lloyd George: solicitar un empréstito de 350 millones de esterlinas, que se emitió á 95,3 1/2 por 100 de interés, y redimible á la par entre Marzo de 1925 y Marzo de 1928. El

verdadero interés fué, pues, de un 4 por 100. Para cubrir estos gastos extraordinarios, Lloyd George estableció nuevos impuestos, directos é indirectos, lo cual quiere decir que la nueva carga gravita sobre los pobres y sobre los ricos.

Lo más saliente de estas reformas tributarias fué que doblaron el impuesto de utilidades. El impuesto sobre utilidades ganadas (*earned*), que era de 9 peniques por esterlina, subió á 18 peniques, y el impuesto sobre utilidades no ganadas (*unearned*), que era de 15 peniques por libra, se elevó ahora á 30 peniques. Este es el tributo de los ricos. A los pobres se les cargó el te, que pagaba 5 peniques por libra y en adelante pagará 8. También se les cargó la cerveza en un penique por pinta. Hay que advertir que el doblamiento del impuesto de utilidades no comenzará hasta el próximo año económico, que empieza en Julio. Hasta entonces, por lo que falta del año actual, el aumento tributario será de un tercio. Estos nuevos impuestos producirán el año próximo 65 millones de esterlinas. Los intereses del nuevo empréstito y de los gastos extraordinarios realizados ya con motivo de la guerra sumarán unos 15 millones de esterlinas, que, restados de los 65 producidos por los nuevos impuestos, dejan un total de 50 millones para pensiones militares y mil gastos que ocasione la guerra. De esos 65 millones, casi 45 proceden de los impuestos de utilidades, ó sea de la parte más rica de la población, y el resto se distribuye entre la más rica y la más pobre. Como se ve, la carga de los pobres es mucho menor que la de los ricos y no haya duda que tan pronto como las cosas vuelvan á la normalidad,

la de los pobres será la primera en desaparecer.

Lloyd George, temeroso de que el amor de algunos á sus rentas fuese mayor que su patriotismo, se presentó en el Parlamento armado de varios ejemplos históricos eminentes. El más notable fué el de Pitt, que también recordó Gladstone cuando la guerra de Crimea. Las guerras napoleónicas costaron á Inglaterra 831 millones de esterlinas en un período de veinte años. Casi la mitad de esta suma la cubrió Pitt con tributos, y algo más de la otra mitad con empréstitos. La tributación en aquella época fué formidable, oscilando entre un 20 y un 33 por 100 de la riqueza nacional anual, que no pasaba de 102 millones, excluída Irlanda. Hoy se calcula la riqueza nacional anual de Inglaterra en 2.300 millones de esterlinas. Si Lloyd George hubiera seguido las normas tributarias de Pitt, le hubiera sido posible recaudar en un año de 450 á 700 millones de esterlinas, y en ese caso todo empréstito hubiera sobrado. ¿No tienen razón para consolarse los capitalistas de hoy?

No sabemos si el razonamiento de Lloyd George les consolaría ni cuáles serían sus conflictos interiores para reconciliar el interés patriótico con sus intereses particulares. El caso es que ni una voz de disidencia se hizo oír en el Parlamento ó en la Prensa. Todo el mundo bajó la cabeza ante el golpe napoleónico de Lloyd George. El hecho es de una elocuencia aplastante. No nos referimos á su elocuencia patriótica. Recordamos lo que se le dijo á este mismo hombre hace cinco años, cuando sus primeros impuestos sobre las fortunas. El argumento más fuerte contra él era que aquellas des-

atentadas reformas tributarias eran la ruina de la mayor parte del capitalismo inglés. Los nuevos tributos son más que dobles de los de entonces, y ni una voz ha dicho que se vaya á arruinar por causa de Lloyd George. Nadie se ha atrevido. Algunos, por patriotismo, pero la mayoría por miedo á no parecer patriotas y por saber que ningún capitalista se arruina por devolver al Estado un 7 ó un 12 por 100 de sus beneficios anuales. Ahora se hacen más claros que nunca los móviles egoístas, mezquinos, de la campaña que el capitalismo británico ha sostenido durante años contra Lloyd George por quitar unos céntimos á sus esterlinas. Nada más noble que se dé la vida ó la fortuna por la idea de libertad; pero es triste que la mayoría de los hombres sólo vean la libertad en peligro cuando los bárbaros llaman á la puerta de su casa; triste que no vean que la guerra social, con sus resultados de miseria, enfermedad y degeneración, produce más víctimas que la guerra internacional más feroz; triste que no vean que la libertad no es sólo la integridad y la independencia de un país, sino también el bienestar de todos sus ciudadanos, la salud de sus cuerpos y la plenitud de sus espíritus. Es de esperar que Lloyd George no se olvide en sus reformas futuras del silencio del capitalismo inglés en esta ocasión, y que se esfuerce por hacerle ver este carácter más íntimo, más profundo y acaso más noble del concepto de libertad.

VI

El oro de Alemania.

“Un hombre, con Dios, está siempre en mayoría.” Estas palabras, que el Kaiser tomó en préstamo el día de su último cumpleaños al reformista escocés John Knox, se prestan á múltiples interpretaciones. Pueden haber sido dichas en su sentido original, que es el del triunfo del espíritu bajo el peso de la fuerza material. Si se hace á Dios sinónimo de razón ó de justicia ó de libertad, todo hombre se cree en mayoría, aunque esté solo, y aunque la fuerza organizada de una sociedad espiritualmente decrepita le acose y aun le aniquile. Quizás el Kaiser se vea ya materialmente derrotado y crea, sin embargo, inextinguible su causa: el germanismo. Por otra parte, en esta frase está toda el alma del emperador alemán. Es la fórmula del déspota, del que desprecia y hasta considera criminal toda voluntad que no esté con la suya, excepto la de Dios, que, como

creación del espíritu humano, no es sino una imagen de nuestra voluntad propia. Yo, con Dios, no significa sino yo más yo hasta el infinito. Es el engrandecimiento sin límites, la negación de toda idea social.

Es posible que el Kaiser repita ahora á Knox como hombre vencido; pero lo cierto es que durante toda su vida ha estado empleando su máxima como hombre triunfante. El pueblo, sus representantes, nada significaban para él. Lo único supremo era su voluntad, siempre en mayoría, porque en su cerebro aparecía repetida, como la imagen de un objeto en una combinación de infinitos espejos. Y tal ha sido el poder de la ficción, gracias á una complicada y persistente concepción del Estado en Alemania, que el pueblo y sus representantes no sólo han acatado la voluntad del emperador, sino que, tras efímeras y teóricas rebeldías, se han resignado siempre, y más que nunca en esta guerra, á ser instrumentos serviles suyos. Hombre de escaso vuelo ideal, no se ha contentado con estar con Dios, es decir, con su yo infinitamente proyectado, sino que su alma de buen sargento prusiano, sabiendo por larga experiencia que en los conflictos materiales Dios sólo está con los más fuertes, ha hecho de la nación alemana una catapulta de combate. Toda su historia ha sido eso: el deseo de organizar el mayor ejército y la mayor marina del mundo, contra toda resistencia, por encima de toda voluntad. Lo que Knox dijo para expresar el triunfo del espíritu, el Kaiser lo ha aplicado para sofocar el espíritu ajeno bajo su fuerza personal.

La historia de la organización de Alemania para

esta guerra quedará como uno de los esfuerzos más estupendos realizados por una nación, tanto más estupendos si se tiene en cuenta que la nación, en conjunto, los realizó contra voluntad, ó, por lo menos, de mala voluntad. La preparación de sus fuerzas económicas no fué menos formidable que la de sus fuerzas militares y navales. Un banquero inglés, sir Eward Holden, muy enterado de la economía alemana, esbozó en una magnífica conferencia dada en el mes de Enero la historia de estos preparativos económicos. Las autoridades financieras de Alemania comenzaron hace tiempo á acumular oro para el evento de una guerra. Al derrumbarsela fábrica del crédito al choque de una guerra, el único soporte económico es el oro. Los problemas internos de una nación en guerra pueden resolverse, con ayuda del patriotismo de las gentes, lanzando á la circulación un torrente de papel-moneda. Pero para el comercio con el extranjero hace falta oro.

En 1910, el Banco Imperial (Reichsbank) no tenía más que 30 millones de libras; en Enero de 1914, la cifra se había duplicado: 60 millones. Declarada la guerra, era necesario atraer al Banco Imperial todo el oro, hasta la última partícula, que quedase en Alemania. Aún debe quedar bastante oculto; pero ya hay en las cajas del Banco 106 millones. Los métodos empleados para dar caza á las recalcitrantes monedas de oro parecen inventados por un humorista. En las fronteras se registraba á las gentes y se les quitaba el oro que llevaban encima, á cambio de billetes de Banco. Los clérigos predicaban desde el púlpito la entrega del oro que poseyeran sus feligreses y la aceptación de los billetes

fiduciarios de guerra. Al soldado que lograba cambiar un billete por una moneda de 10 ó 20 marcos se le concedía, si la entregaba en el Banco, uno ó más días de licencia. Los adornos de oro se fundían. En suma, se hizo lo anunciado por un banquero alemán: "Se estrujará todo marco hasta que grite." Así ha podido reunir el Banco Imperial 106 millones de libras en oro.

Ahora bien, si antes no quiebra la organización militar, la resistencia de Alemania dependerá del tiempo que le duren esos 106 millones. El ejército y la marina no pueden seguir funcionando sin ciertos productos que se importan en Alemania del extranjero. Pero sin oro—con el crédito deshecho por la guerra y por la perspectiva de la derrota—ningún extranjero suministrará estos productos. Aun con oro, en virtud de la vigilancia del Gobierno inglés y de su escuadra, no es poco el trabajo que cuesta hacer llegar á Alemania ciertos artículos de contrabando. Esa vigilancia, sin embargo, aunque no impide en absoluto el contrabando, no es baldía, pues contribuye á elevar enormemente los precios de los productos subrepticios y de ese modo precipita el agotamiento de los 106 millones.

En 1913 importó Alemania, en números redondos, por valor de unos 500 millones de libras esterlinas, de los cuales, 200 procedían de los países aliados y sus colonias. El simple hecho de estallar la guerra redujo, por lo tanto, la importación á 300 millones, por lo que á los aliados se refiere. ¿Por qué valor seguirá importando Alemania? La escuadra inglesa es un serio obstáculo, pero es un obstáculo que tratarán de vencer, y en gran parte ven-

cen, los comerciantes de los Países neutrales á causa de la elevación de precio á que da motivo. A su vez, esta alza de precios impedirá á Alemania adquirir nada que no sea indispensable ó menos indispensable de lo normal. Se puede, pues, suponer que, como resultado de esta elevación de precios y del empobrecimiento del tipo de vida colectivo, Alemania importa á razón de 300 millones de libras esterlinas por año. Este valor solo puede pagarlo con exportación de artículos ó con oro. Pero la producción alemana debe estar muy quebrantada por falta de materias primas necesarias, por falta de brazos, ocupados en los campos de batalla y por falta de medios de transportar sus artículos al extranjero. Por mucho que exporte, y no puede ser mucho por las razones expuestas, el importe de lo que venda no debe guardar, ni remotamente, proporción con los 300 millones de esterlinas en que hemos calculado su importación. De suerte que está obligada á desembolsar sus reservas en oro para poder recibir productos del extranjero, esto es, para que su ejército y su población civil puedan subsistir.

Según Holden, hasta la fecha de su conferencia, ya ha exportado unos cinco millones de libras en oro á Holanda y los países escandinavos. Probablemente, no habrá sido menos la cantidad de oro que ha salido á Suiza é Italia. Holden calcula que aún le queda oro para un año. El plazo parece exagerado. El Gobierno alemán está adoptando las medidas más revolucionarias para obligar á una patriótica moderación, tanto á los vendedores como á los consumidores. Una de las últimas medidas ha

sido la nacionalización de todo el trigo que había en Alemania (otro tanto ha hecho Austria), para evitar los abusos de los acaparadores y para que el ejército y el pueblo no coman más que la ración de pan señalada por las autoridades. Pero, de todas suertes, unos 100 millones de esterlinas—probablemente menos para estas fechas—, aunque sólo se inviertan en las necesidades más perentorias de un pueblo de 70 millones de habitantes, que en época normal importaba por valor de 500 millones de libras, no es fácil que alcancen á lo calculado por Holden. Además, Austria y Turquía necesitan también oro. Todos los pozos de energía de Alemania amenazan quedar secos.

EL ESPÍRITU SOCIALISTA